

LA LITURGIA Y LA MISERICORDIA

Fernando Rivas, OSB¹

1. Introducción

Con motivo del Año de la Misericordia se ha señalado la gran ausencia de este tema en los tratados de teología dogmática sobre Dios². Más allá de ser verdad esta afirmación, sin embargo, se debe recordar que la teología dogmática, tal como la conocemos hoy, ha comenzado en el siglo XII, aproximadamente, con el nacimiento de las universidades católicas; por eso no son el referente principal para ver el tratamiento de la misericordia a lo largo de la historia de la Iglesia. Previo a ello, la teología y la ciencia de Dios estaban expresadas en los grandes comentarios bíblicos, en los textos patrísticos que nunca separaron la reflexión dogmática de la espiritualidad del cristiano, pero, principalmente en la liturgia. El gran axioma *lex orandi, lex credendi* estuvo siempre presente y fue el alimento principal en el conocimiento de Dios por parte de los fieles. Pero la liturgia es más que conocer la misericordia. Es vivirla y celebrarla. Por eso vamos a dirigir nuestra mirada hacia la liturgia, buscando el lugar que ocupa en ella el Dios de la misericordia que Cristo revela en su Misterio Pascual y se manifestará plenamente en la consumación de la historia.

2. La misericordia y el *mysterion* litúrgico: la *confessio* Trinitaria (*Kyrie eléíson*)

A partir de las Sagradas Escrituras, y seguramente con el antecedente del oficio sinagoga, la liturgia cristiana tuvo siempre como un componente fundamental a la doxología, es decir, la alabanza y glorificación de Dios. Esta doxología fue dirigida a la Trinidad en sus tres Personas, no sólo al Padre o a Dios

1 Abad emérito de la Abadía de San Benito, Luján, Argentina.

2 KASPER, W., *La misericordia*, Santander 2012, 11-20.

y, como *confessio* estuvo unida al pedido de misericordia, bajo la fórmula más conocida: *Kyrie eléison*.

Los primeros cristianos conocían el uso que los paganos hacían de la fórmula *Kyrie eléison* (*Señor, ten misericordia*), sea para referirse al emperador o bien para dirigirse a alguna divinidad. Sin embargo, desde muy temprano, esta invocación adquiere un carácter trinitario. Y ello, incluso, cuando explícitamente se mencione solo al Padre o al Hijo. El motivo de esta conjunción de la misericordia y la Trinidad es que, a diferencia del uso pagano, los cristianos ya no veían en la misericordia un simple acto de clemencia, benevolente, sea del emperador o de la divinidad, sino que ahora la misericordia es la incorporación del hombre en la vida divina, en la vida de la misma Trinidad, con la adopción de hijos por un Padre, por el Misterio Pascual de Cristo, consumado por el Espíritu filial de Pentecostés. Por eso, la gran obra de misericordia comenzó en el Bautismo y su manifestación es el nacimiento “en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Y la respuesta por parte del hombre a una misericordia tan grande es la *confessio*. Es lo que expresa san Pedro en su *Primera Carta*. Esta carta es conocida por su carácter bautismal. De ella toma su nombre el segundo Domingo de Pascua (*Quasimodo*) con esta expresión del cap. 2: *como niños recién nacidos...* Sin embargo, su carácter bautismal está presente desde el capítulo 1 de la Carta al decir:

“Pedro, apóstol de Jesucristo... Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia (éleos), mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva...” (I P 1,1-3).

Aquí Pedro refiere la *confessio* o bendición trinitaria a la “*gran misericordia*” de haber sido “reengendrados” como hijos, por la sangre de Cristo. Esa vida de hijos es descrita en los caps. 2-3 como un llamado a ser misericordiosos con todos y bendecir (*confessio*), porque:

“Ustedes son linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su admirable luz, ustedes que en un tiempo no eran pueblo y que ahora son Pueblo de Dios, de los que antes no habían obtenido misericordia, pero ahora han alcanzado misericordia” (I P 2,9-10).

Estas fórmulas de Pedro, muy similares en las introducciones de otras cartas del *Nuevo Testamento*³, permiten repetir lo que señalaba Righetti⁴: “Se puede decir que en la Iglesia antigua la doxología como glorificación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo tomó tal importancia, que era considerada como la gran devoción católica en aquel tiempo. Todo se concluye con una doxología: el trisagio y la anáfora eucarística, la plegaria litánica, la de los fieles, los dípticos, los himnos, las homilías, las cartas, el *Pater noster*, la salmodia”. Sin embargo se debe agregar que esa doxología es al mismo tiempo una súplica de misericordia (*eléison*) y, a su vez, a vivir esa vida de hijos del Padre, por la acción del Espíritu vivificador⁵.

Por eso, para concluir estas reflexiones sobre el lugar que tiene la misericordia junto con la Trinidad en la liturgia repetimos: la gran misericordia de Dios ha sido la de incorporar al hombre pecador en su vida divina, manifestando que su destino ni le es indiferente ni lo concibe como ajeno a su mismo Ser de Dios. Como dice Bouyer⁶: “Una de las bases de la noción de misterio en san Pablo es que la obra de Dios con respecto al hombre y a toda creatura no le es puramente exterior sino algo en que Él está personalmente interesado. Es más, ese trabajo de Dios, en su acabamiento final, no puede separarse de Él. Lo que Él hace no es solamente una revelación misteriosa de sus ideas, sino de sí mismo. De una

3 San Pablo puede diferir en la construcción literaria, pero su sentido es el mismo: la misericordia es nuestra incorporación en la vida trinitaria. Tal vez la más bella sea la de *2 Co 1,3 ss.*: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación (=Espíritu de consuelo), que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios! Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación”. No se debe olvidar que estas cartas apostólicas son de naturaleza litúrgica.

4 RIGHETTI, M., *Historia de la liturgia*, Madrid 1955, vol. 1, 180.

5 Esta *confessio* trinitaria es para san Benito el corazón de cada oficio divino, en los que se hace continua referencia a su “misericordia”. Veamos el del cap. 9. San Benito comienza con un versículo del salmo *Miserere*, tal como hacía la plegaria judía llamada *Amidah*, pero aquí es repetida tres veces, muy posiblemente en referencia a la Trinidad. Por otra parte, al final del oficio, todo termina con la súplica trinitaria *Kyrie eléison, Christe eléison, Kyrie eléison* (“¡Señor, misericordia!”). Algo parecido sucede en el oficio de Laudes (cap. 12): comienza con el salmo 66 y 50 (*Miserere*), y todo termina con la “letanía”, es decir, *Kyrie eléison* (“¡Señor, ten misericordia!”). Debe recordarse que para la lectura del Evangelio en Vigilias, san Benito prevé el canto del *Te Deum*, himno trinitario marcado por un implícito pedido de misericordia por todo el pueblo.

6 BOUYER, L., *Piedad Litúrgica*, Cuernavaca 1957, pp. 117-118.

manera *misteriosa* Él se pone a sí mismo en su obra. Por eso Cristo es el Misterio, al mismo tiempo que lo revela en su plenitud porque en Él encontramos a la vez a Dios y al hombre, no como dos seres o realidades separadas, sino como una sola realidad. Así el hombre mismo no puede ser conocido en su plenitud sino en la revelación de la plenitud de Dios. Las dos revelaciones, las dos plenitudes forman una unidad en el Misterio”.

En este sentido, la liturgia se presenta como una pedagoga. Enseña al hombre cómo pedir esa misericordia, esa vida nueva de hijos, y también cómo agradecerla y confesarla. Es como la vivió y dejó plasmada san Agustín en la tradición de la Iglesia, tanto en su libro de las *Confesiones*, como en su *Tratado de la Trinidad*, los dos marcados por una impronta litúrgica muy característica de él.

3. La Misericordia como relación de la creatura con su Creador: la Liturgia de las Horas

Otra realidad que da a la misericordia un lugar especial en la liturgia, es la continua referencia a Dios como el Creador que busca la redención de sus creaturas. La liturgia es como un gran y continuo llamado a tomar conciencia de la condición de creatura y de fragilidad de todas las cosas, empezando por el hombre.

Es más, la liturgia tiene su desarrollo a lo largo de los siete días de la creación, tal como hace el relato del *Génesis*. Los días siguen el ciclo solar y los meses el lunar. En la himnodia, cada día, se va haciendo conmemoración de los seres que fueron creados en el día correspondiente al relato del *Génesis*. La Resurrección de Cristo corona con el séptimo día la obra más grandiosa de la recreación de todas las cosas, con el envío del Espíritu Santo.

Esta figura del Creador que tiene misericordia de su frágil creatura se hace presente de un modo eminente en los salmos y, por ello, en la Liturgia de las Horas. De ellos brota el clamor del hombre y de toda la creación que, en presencia de sus límites, llama a Aquél que le dio el ser, la sondea y la conoce (*Sal 138*), El que conoce sus límites, y El que puede completar la obra de sus manos (*Sal 137*). La condición de creaturas es la que manifiesta que fueron hechas para vivir en relación con su Creador, por la oración y la obediencia. Y esa relación da un lugar mayor todavía a la misericordia a partir del pecado del hombre.

Es la imagen del hombre que brota de las Escrituras, del hombre que se

descubre, por distintos caminos, como un ser no completo. No se ha dado el ser a sí mismo y su plenitud no está en sus propias manos. Este descubrimiento de una pequeñez que revela a su vez una grandeza de destino, recibió en la tradición el nombre de “*status viator*” (estar en camino). La oración es el reconocimiento de la condición de creaturidad incompleta, que lo saca de sí para abrirse en un reconocimiento de que él no puede todo, con la propia existencia que parece fugarse de sus manos. Por eso, encontramos esta situación de un modo eminente en la Liturgia de las Horas, en la salmodia. La misericordia de Dios se abre a límites jamás sospechados por los dioses de los pueblos vecinos a Israel, tal como lo cantan los mismos salmos (*Sal* 113). En la Bula de Convocación al Año de la Misericordia, el Santo Padre tiene expresiones muy ricas para expresarlo:

«6 ... Los *Salmos*, en modo particular, destacan esta grandeza del proceder divino: “*Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia*” (*Sal* 103,3-4). (...) Así pues, la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón.

7. “*Eterna es su misericordia*”: es el estribillo que acompaña cada verso del *Salmo* 136 mientras se narra la historia de la revelación de Dios. En razón de la misericordia, todas las vicisitudes del Antiguo Testamento están cargadas de un profundo valor salvífico. La misericordia hace de la historia de Dios con Israel, una historia de salvación. Repetir continuamente “*Eterna es su misericordia*”, como lo hace el *Salmo*, parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre. No es casual que el pueblo de Israel haya querido integrar este *Salmo*, el grande *hallel*, como es conocido, en las fiestas litúrgicas más importantes.

Antes de la Pasión Jesús oró con este *Salmo* de la misericordia. Lo atestigua el evangelista Mateo cuando dice que “*después de haber cantado el himno*” (*Mt* 26,30), Jesús con sus discípulos salieron hacia

el Monte de los Olivos. Mientras instituía la Eucaristía, como memorial perenne de Él y de su Pascua, puso simbólicamente este acto supremo de la Revelación a la luz de la misericordia. En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz. Saber que Jesús mismo hizo oración con este *Salmo*, lo hace para nosotros los cristianos aún más importante y nos compromete a incorporar este estribillo en nuestra oración de alabanza cotidiana: “*Eterna es su misericordia*”.

14 ... Así entonces, *misericordiosos* como el Padre es el “lema” del Año Santo. En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él da todo de sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio. Viene en nuestra ayuda cuando lo invocamos. Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: “*Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme*” (*Sal 70,2*). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos».

Estos textos de la liturgia, tan significativos acerca de la misericordia como la actitud del Creador para con sus creaturas, otra vez encuentran un lugar muy especial en la *Regla* de san Benito. Baste recordar que fue san Benito quien hizo que el primer clamor del monje en cada oración del Oficio fuese: *Dios mío ven en mi auxilio, Señor date prisa en socorrerme* (*Regla* cap. 18).

4. La Misericordia y la providencia de Dios: la Plegaria Eucarística

Otra realidad que, unida íntimamente a las dos anteriores, hace presente la misericordia de Dios en la liturgia es la Providencia divina. Israel es el primero en reconocer que su Dios, a diferencia de los dioses paganos, es un Dios providente, como un padre con sus hijos. Esta actitud paternal, que en el *Antiguo Testamento* es una imagen, pasa a ser revelación en Cristo. Cuando los primeros cristianos salen a predicar el Reino, y la Fe llega a los paganos, no es de sorprender que,

como señalaba Spidlik⁷: “... Para el paganismo el primer problema de la vida espiritual fuera lo que constituye la esencia del mensaje de Cristo: la revelación de Dios-Padre. Los padres se daban cuenta de su novedad. El cristianismo nace en el momento en que el mundo greco-romano sentía una fuerte necesidad religiosa. Todos los filósofos predicaban la elevación de la mente a Dios, único verdadero Bien y única verdadera Belleza. Al mismo tiempo, el judío Filón descubría que bajo estas nobles tendencias se escondía un ateísmo. Los filósofos conocen a Dios-ley o a Dios-idea, pero ignoran al *Theos*, al Dios-Padre, persona libre que nos ama y que nos invita a un diálogo continuo con él.

Más allá de los escritos de los primeros Padres sobre la providencia divina (ya desde Clemente de Alejandría en su obra *El Pedagogo*), y de sus comentarios bíblicos en este sentido, la obra que mejor reflejó esta perspectiva del misterio cristiano y la fuerte presencia de la misericordia de Dios con el hombre, con Israel, fue la *Plegaria o Anáfora Eucarística*, en su conmemoración histórico-salvífica (lo que hoy llamamos *Prefacio*). Si bien se compusieron muchas en los primeros siglos de la Iglesia, todas contenían una larga historia de la salvación en la que la dialéctica misericordia-pecado-misericordia, refleja de un modo insuperable lo que, en forma más abreviada, se da en toda liturgia y sacramento. Es más, su verdadero desarrollo se remonta a la Creación, a la que sigue la narración de la caída del hombre. El nombre más usual con el que se presenta la misericordia en esta historia salvífica es *filantropía*. Esa filantropía es uno de los grandes nombres de la misericordia en los Padres de la Iglesia. Su verdadero significado es el de un amor de predilección, de amistad de Dios para con los suyos. Se trata de una verdadera memoria y explicitación de lo que revela la historia bíblica hasta llegar a Cristo, que llama a los suyos como “*amigos*” (*Jn 15,15*). Estos textos litúrgicos y su mensaje eran, por otra parte, el alimento de la piedad cristiana en general.

Lo que le da la mayor riqueza a la misericordia, tal como es presentada en la liturgia bajo esta forma de providencia y filantropía, es ser presentada como un plan providente de Dios, no un simple obrar circunstancial. La misericordia de Dios no es solo eterna (así lo repite el estribillo de los salmos: ... *porque es eterna su misericordia*), sino que es todo un plan, que se extiende de generación en generación. No está librado al simple pedido del hombre en la plegaria, sino que se adelanta a él. Toda la historia se desenvuelve según este plan providente, como lo canta el Pregón Pascual. Es más, toda la creación, Encarnación y Misterio

Pascual, así como la recapitulación final, es un gran plan de misericordia. La misericordia no se reduce a intervenciones puntuales, sino que es toda una guía y seguimiento por parte de Dios de un designio de amor que, siendo eterno y desde siempre, se hace más intenso ante la plegaria del hombre y, lo que es más radical, ante el pedido de perdón y socorro por parte del hombre. Junto con la Plegaria Eucarística, el Pregón Pascual lleva ese designio de misericordia a su máxima expresión.

Sin embargo, en forma cotidiana, la Eucaristía es la que, día tras día, celebra esa misericordia, no solo como revelación de la misericordia de Dios, sino también como reconocimiento, por parte del hombre, con la “acción de gracias”.

Sin embargo, más allá de la Plegaria Eucarística y de su conmemoración histórico-salvífica, esta perspectiva de un plan misericordioso providente de Dios subyace a todas las Sagradas Escrituras y la liturgia busca en sus distintos “ciclos” de lecturas, sea en la Liturgia de las Horas, sea en la Liturgia de la Palabra eucarística, hacer bien manifiesta esa línea de continuidad de esta historia de amor que es el obrar providente de Dios. Los acontecimientos de la humanidad, de su pueblo Israel, de la Iglesia, de cada persona, siguen una “economía”. La “economía” es precisamente el nombre que le dan los Padres a esa misericordia o filantropía, en cuanto que no solo es todo un plan providente, sino que también sigue un orden pedagógico para el hombre, con etapas que se acomodan “condescendientemente” con sus posibilidades. La figura de Dios Padre cobra un relieve especial, y todo su obrar recibe el carácter de una “*paideia*” o proceso de filiación.

Como dice Sánchez Caro: “Todo el *AT* está así presentado como un conjunto de indicaciones que simultáneamente señalan a Cristo y hacia él conducen. Pero no era una pedagogía e indicación solo para el pueblo hebreo, sino que siguen siéndolo para nosotros: aquellos acontecimientos eran figuras de la realidad que nosotros vivimos (cfr. *I Co* 10,6-11) y han sido escritos para aviso de los que ya hemos llegado a la plenitud de los tiempos (*ibid.*, 11) y para que sepamos descubrir en nuestras dificultades de hoy la mano educadora de un Dios que, si castiga, es porque es Padre (cfr. *Hb* 12,5-13)”⁸. Y es por eso que, desde los comienzos hasta el día de hoy, las *anáforas* o la *Plegaria Eucarística* terminan con el canto del Padre Nuestro, la oración de aquellos que se saben ahora hijos, y por ello se “atreven” a

8 SÁNCHEZ CARO, J. M., *Eucaristía e historia de la salvación: Estudio sobre la plegaria eucarística oriental*, Madrid 1983, pp. 217-218.

llamarlo Padre.

Siguiendo esta *lex orandi* de la Plegaria Eucarística, los cristianos, desde los orígenes de la Iglesia, se impregnaron de esta *paideia* divina, muy distinta de la *paideia* pagana que tiene su término en el hombre mismo, sea bajo la forma de una cultura, sea bajo el aspecto de una vida virtuosa. Por otra parte, como ha señalado L. Bouyer⁹, la *paideia* cristiana, como portadora de la sabiduría, difiere fuertemente de la pagana, como los libros Sapienciales de las Escrituras difieren de la ciencia griega. En efecto, lo propio de la sabiduría y *paideia* cristiana es el descubrir la verdad de las cosas a partir de su historia. No se trata de un saber abstracto, como el de Platón y Aristóteles, sino de un saber cuyas líneas maestras están en la historia de Israel, de Cristo, de la Iglesia y de la propia persona. De las cuales se hace “memoria” en el plan providente de Dios, rememorado en la liturgia eucarística.

5. La liturgia como fuente y culmen de la misericordia

La liturgia eucarística, como eje sobre el cual giran tanto la Liturgia de las Horas como los otros sacramentos, es fuente y culmen de la misericordia del hombre para con su prójimo y con ello señala un problema que recorrió toda la historia de la liturgia de Israel, del *Nuevo Testamento* y, finalmente, de la Iglesia hasta el día de hoy. Y, podría presentarse esta realidad diciendo que la liturgia no es una realidad encerrada en sí misma y cuyo objeto se agota en la simple ritualidad.

El Cardenal Ratzinger señalaba cómo en la presentación de la Institución de la Última Cena se pueden distinguir dos tradiciones con dos enfoques que mutuamente se complementan, enriquecen, y encierran las dos grandes perspectivas de la salvación del *Antiguo Testamento*. Una es la de Mateo y Marcos que presentan la Última Cena como culminación de todo el culto del *Antiguo Testamento* y sus sacrificios de víctimas en el Templo. Cristo asume esta dimensión central de la Alianza del Sinaí, que es sellada con la entrega de su sangre, prefigurada por los corderos y machos cabríos. En el centro de la *Torá* (*Pentateuco*) estaba la Alianza y su realización cultural con el sacrificio a Dios, que Cristo asume en la Última Cena como marco de la institución eucarística. Por

la “sangre de la Alianza” la idea de sacrificio a Dios entra en el acontecimiento de la Última Cena, y hace del culto una verdadera ofrenda agradable a Dios.

Junto a esta tradición está la otra, de origen paulino, representada por san Lucas y seguida por san Pablo. Reproducimos las palabras de Ratzinger: “Una atmósfera totalmente distinta nos rodea cuando dirigimos nuestra atención al trasfondo veterotestamentario que sirve de base a las palabras de la institución del tipo paulino. Si acabamos de constatar que las raíces esenciales veterotestamentarias del texto de Mateo-Marcos se encuentran en la *Torá* (*Pentateuco*), es decir, en los libros de la Ley, Lucas-Pablo enlazan con la otra gran corriente de la tradición del *Antiguo Testamento*: la teología de los profetas. La expresión “nueva alianza” nos recuerda sobre todo la promesa contenida en Jeremías: “*Ya llegan días –oráculo del Señor–, en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No será una alianza como la que hice con sus padres... Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones...*” (*Jr* 31,31ss). Detrás de esta promesa está toda la teología profética de la alianza y su contraste con la concepción sacerdotal de la alianza reflejada en la *Torá*. Si para la *Torá* la alianza y el culto constituyen una unidad –ya que el concepto de alianza es concebido de un modo cúllico, y viceversa–, la teología de la alianza en los profetas se basa en una crítica vigorosa que cuestiona desde su fundamento la autosuficiencia de las funciones cúllicas: “*Quiero misericordia y no sacrificio*” (*Os* 6,6; *1 S* 15,22; y también *Mt* 9,13). El verdadero culto está constituido por una vida que nace de la fe en Yahvé y del amor a los hermanos, sin lo cual el culto exterior se convierte en una farsa vacía, más aún, repugnante (cfr. *Sal* 39; 49; 50; *Is* 1,11; *Jr* 6,20). Con la fórmula de la Nueva Alianza, en la que la palabra de Dios deberá ser cumplida y no utilizada para una ostentación hueca y fría, resuena toda esta línea de pensamiento veterotestamentario. La enérgica antítesis que se opone a la teología cúllica de la *Torá* se incorpora a las palabras de la institución de la Última Cena, dejando aparecer su significado con una luz completamente nueva. La Cena del Señor se presenta ahora como la culminación de esa línea espiritual que, igual que en el caso anterior, había sido interpretada como la plenitud de la ley. Aparece como la superación del culto y de las instituciones sacrificiales por medio de aquel que no ofrece toros y machos cabríos, sino que se ofrece verdaderamente a sí mismo: “*Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y en cambio me abriste el oído*” (*Sal* 39,7), o según la cita de la *Carta a los Hebreos*: “*No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo...*” (*Sal* 39,5). En lugar del sacrificio de las cosas aparece la oblación del yo de Jesucristo; la crítica

del culto ha alcanzado su meta, el templo resulta ya superfluo”¹⁰.

Esta perspectiva que, según Ratzinger, representa a los profetas de Israel, muestra que la liturgia y el culto no son realidades replegadas sobre sí mismas sino que alcanzan su plenitud y consumación en la ofrenda que hace el cristiano de sí mismo a Dios y a sus hermanos. Si extendemos estas palabras de Ratzinger con otro texto de la *Carta a los Hebreos*, vemos cómo se unen en forma totalmente natural la realidad del culto con la misericordia hacia los hermanos:

“Por medio de él ofrezcamos sin cesar a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su nombre. No descuidéis la beneficencia y la comunión de bienes; éstos son los sacrificios que agradan a Dios”. (Hb 13,15-16)

En la Eucaristía se unen estas dos líneas culturales de las que habla Ratzinger, que vienen desde el *Antiguo Testamento*, que son asumidas por distintas corrientes del Nuevo, y que ahora hacen manifiesto lo que estaba velado bajo tantas formas y ritos: la ofrenda agradable a Dios es el hombre mismo, y es el amor de misericordia de sus obras lo que hace legítima su ofrenda. Es lo que ha sido revelado en Cristo y lo que constituye el sentido de su memorial, la Eucaristía. Pero esa misericordia no se agota en un rito ni en un acto de culto, sino en toda una vida, como la de Cristo *“que tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso” (Hb 2,17)*. No se trata de una condición de validez, se trata de la misma esencia del acto cultural, lo que él encierra y significa. Y, por eso mismo, las obras de misericordia son las que legitiman la ofrenda, tal como lo conserva Mateo en el relato del Señor en el Sermón de la Montaña:

“Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda”. (Mt 5,23 ss.)

Fuente y culmen de la misericordia. Eso es la Eucaristía, ese es el misterio de Cristo, como revelación más grande de la vida del Padre: *Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso*. Es lo que la liturgia celebra, lo que la liturgia

ofrece a Dios como culto verdadero, como sacrificio espiritual. Este es el lugar de la misericordia en la liturgia¹¹.

Abadía de San Benito
C. C. 202 – B6700WAC Luján
ARGENTINA

11 Esta perspectiva de la liturgia que se enlaza totalmente con la vida del creyente la encontramos en san Benito sintetizada con breves fórmulas como: *los hermanos no se den la paz falsamente (RB 4, 25)*. Y también en el pasaje en el que se refiere al oficio divino diciendo: *12 Los oficios de Laudes y Visperas no deben terminar nunca sin que el superior diga íntegramente la oración del Señor, de modo que todos la oigan. Esto se hará, porque como suelen aparecer las espinas de los escándalos, 13 amonestados por la promesa de la misma oración que dice: “Perdónanos así como nosotros perdonamos”, se purifiquen de este vicio. 14 En las otras Horas, en cambio, se dirá la última parte de esta oración, para que todos respondan: “Mas libranos del mal” (RB 13,12-14)*.